EN TUS MANOS

Begoña Curiel

Primera edición, noviembre de 2017
© Begoña Curiel, 2017

Diseño de portada: Leopoldo Torroba
Corrección: Angela Jiménez

Maquetación y diseño: Javier Labrador

Avant editorial
Dante Aligheri, 123
08032 Barcelona
www.avanteditorial.com
editores@avanteditorial.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Este libro ha sido impreso siguiendo las normativas:
UNE — EN — ISO — 14001 de gestión ambiental
UNE — EN — ISO — 9001 de gestión de calidad
ISBN: 978-84-17242-12-1
Depósito legal: M-33252-2017

Imprime Podiprint
Impreso en la Unión Europea

EN TUS MANOS

Begoña Curiel

avant
editorial

Índice

Gema 11
Víctor 47
Estrella 69
Samuel 85
Marisol 97
Antonio 109
Antonio regresa a casa 119
Juanjo 133
Lázaro 191
Nota de la autora 205

Para ti, mamá. Por todo.

Gracias a tantas manos que me cobijan.

Gema

Nunca olvidaré aquella llamada. Fue final y comienzo de una nueva historia. Leandro, el director de la fábrica, intentó prepararme para el impacto, pero enseguida supe que aquel tono no se utiliza para comunicar buenas noticias.

—Gema, Antonio ha sufrido un accidente.

El escalofrío inundó mi espalda y las rodillas lucharon por no flojear a la espera de la segunda parte. Me armé de valor:

—¿Ha muerto?

—No, la ambulancia va camino del hospital.

Estaba vivo pero había perdido sus manos en un corte limpio. No tuvo tiempo para verlas por última vez junto a sus brazos. Perdió el conocimiento tras lanzar un grito que silenció el estruendo de las máquinas.

Las carreras de los compañeros pararon en seco ante el cuerpo de Antonio boca abajo. Era un bulto muerto. Cuando la sangre llenaba la guillotina no esperaban la imagen macabra de sus manos sobre la cinta mecánica. Víctor tuvo el valor de recogerlas sin saber por qué en medio del estupor general. Aún se echa las manos a la cabeza al recordar el instante, aunque una extraña amnesia le impida recordar los detalles de aquel acto reflejo. Solo sabe que los pies le llevaron ciego hasta los dedos muertos de Antonio.

Víctor rogó a Leandro que se encargara de llamar a casa. Fue capaz de recoger las manos de su amigo pero no tuvo fuerzas para contarme lo sucedido. Cuando los enfermeros introducían la camilla en la ambulancia, amagaba con desmayarse envuelto en sus propios vómitos.

El rápido traslado al hospital evitó que se desangrara. Junto a Antonio viajaba la bolsa con sus extremidades, cubiertas con vendas y aisladas de un puñado de hielos que conservaron el espeluznante envío hasta su destino. Menos mal que los sanitarios

actuaron con eficacia, porque salvaron mucho más que las manos de Antonio.

Sin más datos que las escuetas frases de Leandro por teléfono, salí del trabajo como una exhalación sin dar explicaciones. No pude hablar, solo miré al supervisor con el espanto grabado en la cara. Volé para coger un taxi donde me preguntaba trastornada: «no se va a morir, ¿verdad? ¿Cómo se lo digo a los niños? ¿Volverá a trabajar? ¿Cómo va a hacer las cosas sin manos? ¿Qué reacción tendrá cuando despierte?».

En la sala de espera de urgencias me lancé a los brazos de Víctor y por fin pude llorar. Las lágrimas aguantaron tanto que los hipidos escaparon sin control, imposibles de calmar. Víctor soltó la frase socorrida antes de que me lanzara a un interrogatorio sin final.

—Parece que han llegado a tiempo.

¿A tiempo? ¿Qué quería decir? ¿A tiempo de no morir? Yo daba por supuesto que Antonio viviría. Enloquecí en lo que tarda un chasquido de dedos. Corrí hacia una puerta como una demente, por si tras ella encontraba la respuesta que necesitaba escuchar.

—¿Dónde vas? —gritó Víctor.

Consiguió frenarme con un agarrón, pero tuvo que emplearse a fondo para detener mis puñetazos contra su pecho.

—Suéltame, ¡me haces daño! ¿No ves que solo quiero preguntar? —chillé a unos centímetros de su cara, tan espantada como yo.

—Tranquila, Gema, ahora no puede ser…

—¡Te he dicho que me sueltes! ¡Quiero que me digan algo!

—Eso es imposible, Gema. Tranquilízate.

—¿No entiendes que por lo menos quiero verlo por si se muere?

Había perdido los papeles, ajena al revuelo que protagonizábamos en aquella sala donde se reclama silencio. Varios ojos se entretenían abochornados con nuestro lamentable espectáculo, debatiendo sus ganas entre mantener y retirar la mirada.

—Gema, por favor. ¿Quién ha dicho que Antonio se va a morir? ¡Vale ya!

Aquella pregunta detuvo mi locura ante un público del que no me había percatado. Mi barbilla empezó a hacer pucheros hasta

que me derrumbé lacia. Busqué los hombros de Víctor y me dejé llevar mansa hasta una silla tan blanca como mi rostro.

—Perdona, Víctor. Yo creí…

—Ya, ya está.

Me consoló con su abrazo, comprensivo, consciente de que le tocaba mantener la calma aunque la hubiera perdido por mi culpa. Mi lengua se asentó en la boca, avergonzada de mi reacción. Dejé que Víctor acariciara mi pelo mientras se me balanceaba el cuerpo a ritmo lento. Escuchaba el susurro en mi oído.

—No te preocupes. Antonio va a salir de esta. Pronto saldrán a decirnos algo. Tranquila.

No acababa de terminar la frase cuando un médico se acercó a nosotros.

—¿Familiares de Antonio Fuertes?

—¿Cómo está? ¿Vivirá? —interrumpí como un resorte sin darme cuenta.

El doctor cortó por lo sano mi histerismo.

—Está fuera de peligro, pero la situación es delicada. Es lo normal en una situación de estas características.

Con la respiración del médico me colé para lanzar más preguntas.

—¿Y sus manos, qué pasará con ellas? —notaba la presión de la mano de Víctor en mi brazo.

—Es pronto para responder a eso. Después sabremos más, pero tampoco podemos esperar demasiado. El reimplante debe realizarse en un margen de tiempo reducido. En lo posible, claro.

—Espere —estaba confundida—. ¿Está diciendo que… se las pueden colocar?

—Casi con toda probabilidad, pero no puedo asegurarlo al cien por cien. Lo importante es que hemos detenido la hemorragia. Lo demás llegará, y va a ser muy pronto.

No era mucho, pero esos datos aliviaban las dudas fundamentales. Antonio estaba vivo y con esa única certeza nos preparábamos para sobrellevar la espera.

***

Víctor y Antonio son amigos desde que se conocieron en la mili, ese curioso momento que hace inseparables de por vida a muchos hombres. Con cerca de cincuenta años a la espalda, acumulan historias que nos hicieron bostezar miles de veces a Nuria y a mí en otras tantas cenas que repartíamos entre nuestra casa y la suya.

Machacaban sin darse cuenta con soporíferas batallitas de abuelitos prematuros. No se cansaban de hablar de amigos perdidos por el camino, aunque pusiéramos cara de aburrimiento. Se olvidaban sin querer de nuestra presencia, enfrascados en cansinos relatos encadenados tuvieran o no relación entre sí: «¿Te acuerdas de cuándo…?», «me han dicho que Fulanito y Menganito….», «¿qué habrá sido de…?».

Nuria y yo dejamos de enfadarnos con la costumbre si la conversación se presentaba –era lo habitual– a la altura del postre. De hecho, nos daba la risa floja delante de sus narices, y lo cierto es que les daba igual.

Hasta que murió Nuria, y dejamos de ser cuatro. Tardamos en recuperar aquellas reuniones que recuerdo con nostalgia. Sufrimos una condena inesperada que tardamos en asumir. Se oscurecieron los rostros de quienes la quisimos. ¿Cómo iba a ser la vida sin Nuria? Fue un quinario atenuar la huella de su rotunda presencia en el hogar de Víctor, donde se fue el oxígeno: se respiraban ausencia y duelo por más que tratásemos de echarlos a patadas por la ventana.

Víctor fue durante meses un fantasma vagabundo entre paredes, perseguido por un bebé de ocho meses que exigía atenciones. Malena amagaba con el gateo mientras su padre peleaba por volver a caminar cada jornada.

A Nuria se le ocurrió desaparecer unas Navidades por un estúpido encargo de Víctor, que ya hizo que saliera bufando de casa. Una maldita chaqueta esperaba que alguien la recogiese de la tintorería. Arrancó el coche con rabia porque Víctor tenía la dichosa costumbre de olvidarse de sus propios recados. Su cuerpo aún estaba caliente cuando nos enteramos del doble trago: Nuria estaba embarazada de nueve semanas. Su intención era darnos la ecografía en mano durante la siguiente cena. Ya no recuerdo en qué casa tocaba. Nos contábamos en grupo las noticias buenas y malas.

En su bolso encontraron la prueba inocente del delito. Nos robaron la alegría antes de poder brindar juntos por un segundo embarazo que ninguno esperaba. La tragedia nos devastó a todos con pena para dar y regalar. Maldita sea.

Me prometí no mirar la ecografía, pero cometí aquel estúpido acto de masoquismo. Golpeé como una idiota la pared. No me daba cuenta de que la manchaba de sangre con las heridas que me hice en las manos. Ese dibujo blanco y negro sigue escondido en uno de mis cajones. No fui capaz de destruirlo ni de acercarme a un contenedor. ¿Cómo se tira una ecografía a la basura? Aunque fuera un objeto fino y ligero, llevaba pintada una vida que podría haber sido el hermano o la hermana de Malena.

Sabíamos por qué no comentó nada de sus dos faltas. Ojalá no hubiéramos descubierto a la vez noticias tan dispares. La muerte y la vida de la mano, de forma simultánea. ¿Para qué sirve la información innecesaria? Sumó tragedia a la tragedia cuando creímos haber tocado el techo de sufrimiento. Mientras Nuria era embestida de frente por otro coche, Malena esperaba rabiosa la comida en brazos de su padre.

Víctor levantó el auricular dispuesto a rugir. Esperaba impaciente que sonara Nuria al otro lado para reprocharle su retraso. Pero alguien mencionó su nombre desde la comisaría; era la voz del intermediario encargado de comunicar las malas nuevas. Maldito teléfono. No sé cómo, pero Víctor volvió a utilizarlo para llamarme:

—¡Corre, ven, Gema, ya! Tienes que quedarte con Malena.

Los gritos distorsionaban sus palabras, pero comprendí lo necesario. No recuerdo mis zancadas hasta su portal. Era un cohete descoordinado movido por un impulso animal. Me colocó a Malena en los brazos sin mirar; estuvo a punto de tirarme al suelo al cruzar el dramático relevo. Sus ojos salían despavoridos de las cuencas sin atreverse a pronunciar la frase que palpitaba en mis sienes: «Nuria está muerta, Nuria está muerta, Nuria está muerta…».

En menos de quince minutos la niña se desgañitaba a pulmón abierto.

***

Su adaptación a los biberones fue un fracaso desde el comienzo. Nuria se incorporó al bufete cuando Malena cumplió medio año y, meses después, aquellos artefactos con tetina de plástico seguían siendo su demonio particular. Y el nuestro, claro. Con sudores lográbamos que tomara la mitad, pero la hora de la comida era una auténtica tortura. De hecho, a punto estuvo de herniarse en más de una ocasión, y nosotros, tentados de tirar de ansiolítico durante la lenta agonía del descenso de la leche en polvo por las rayas del biberón.

Cuando Víctor mejoró, tocó repartirse la titánica tarea en función de nuestros horarios, aunque la mayoría de biberones me tocaron a mí. Antonio era el más apañado. Su regazo es capaz de calmar a un alien rabioso: mi hija Estrella era un bebé llorón que yo le traspasaba como una pelota, desesperada tras los meneos pseudotribales a lo largo y ancho de la habitación. El repertorio de canciones se agotaba al alba junto a mis nervios, hasta que colocaba a Estrella en el regazo de Antonio, donde se refugiaba entre cólico y cólico. Me enfadaba con mis absurdos celos de madre por pedir ayuda, pero el cansancio continuado agota hasta el amor más infinito.

Con Malena no era tan drástico, pero para entonces yo tenía olvidada la etapa de recién parida. La niña mostraba poderío reclamando alto y claro el pecho de su madre, con una especie de megáfono instalado en sus diminutas cuerdas vocales. Nunca pareció resignarse a no probar de nuevo la leche con el olor de Nuria incorporado. La pobre ya no iba a escuchar más su latido. Tardó en sentir el de su padre porque Víctor se apagó cuando certificaba la muerte del cuerpo destrozado de su mujer.

Éramos eslabones de una cadena de dolor que sonaba en paralelo. Lloraba Víctor, lloraba Malena y lloraba yo. Habían pasado solo unos minutos desde el brutal impacto en la carretera y comenzaba el calvario de echarla de menos para siempre. La niña tenía derecho a protestar, porque los bebés exigen lo que saben que es suyo. Los adultos estamos condenados a ser mayores, a la obligación de ser fuertes con las catástrofes que no avisan. Justo cuando más pequeños desearíamos ser.

No había consuelo para la criatura; solo me tenía a mí aunque me sostuviera a duras penas. La pérdida de Nuria fue una hecatombe que destruyó nuestro pequeño mundo. Malena clamaba por su madre mientras intentaba hablar con Antonio por teléfono.

—Que Nuria, ¿qué? —chillaba con el ruido de fondo en la fábrica.

—Me estoy volviendo loca. Ven, por favor —me daba miedo decir en alto lo que no quería. Por si hubiera sido un mal sueño.

—Es que creo que no he entendido, Gema. No me asustes.

—Sí —gemí de dolor—, has oído bien. Nuria ha muerto. Ha muerto…

Se me cayó el teléfono de las manos y apuraba las fuerzas para que no se me resbalase la niña. Me mareaba meciendo a Malena en el hueco de los brazos de la butaca de Nuria, intentando adormecer las llamadas del cerebro que confirmaban que nuestra amiga no iba a volver. Y yo solo quería morirme, que Antonio estuviera allí para salvarme de la ansiedad, que su regazo calmara a mi niña pequeña.

Cuando repaso los peores momentos de mi vida, este se disputa el liderazgo con el del accidente de Antonio. Quién puede imaginar que alguien llamará un día para decirte cosas tan horribles.

No quedó más remedio que repetir cada amanecer que la muerte de Nuria era un hecho, y luchar porque la catarsis no consiguiera doblarnos como hojas de junco apuntando al suelo.

Las siguientes horas permanecen borrosas en la nebulosa del recuerdo: Malena desconocía la realidad de los adultos y mantenía su cruzada contra la tetina artificial. Nuestros hijos callaban hasta que claudicaban acompañando nuestro llanto; Antonio estaba como podía; era un hombro esperando las palabras de Víctor por si en algún momento daba señales de vida. Sobre su espalda creció una sábana invisible, vagaba con pasos de espectro tratando de encontrarse el alma junto al cadáver de Nuria.

En la habitación donde Nuria y Víctor ya no iban a dormir juntos nunca yo mecía a Malena cuando llegaba su desconsuelo. Es increíble que el cuerpo se mantenga recto si el corazón está roto. Supongo que el cerebro resiste vigilante, haciendo esfuerzos

ímprobos por mantener nuestras funciones vitales. Pero lo sientes como un tirano sin piedad porque obliga a estar de pie por encima de nuestras posibilidades.

Mi mente aguantó como pudo para no volverse loca porque debía ejercer de madre impostora de Malena. Al menos hasta que un mínimo de cordura apaciguara aquel caos. Dudé miles de veces que aquello fuera posible, pero me obligué a callar.

La vida de Víctor dio tal vuelco que sin nuestras manos habría sido el siguiente muerto. Había que seguir respirando porque Malena estaba en el mundo ajena a la confusión; contuvimos el aliento para que Víctor aprovechase el oxígeno con la trémula esperanza de que abandonase la trinchera de su cama.

***

Tras los estúpidos rituales y el protocolo de la muerte, las hermanas de Nuria –Fabiola y Asun– acudieron en nuestra ayuda. Se convirtieron en la sombra de Víctor. Ni nos molestamos en llamar a su hermano Matías, con el que no mantenía contacto desde hacía años.

Me tuve que alegrar de estar en paro aquellos meses, porque pude compatibilizar el tiempo de mis hijos con el drama de Víctor. Por aquel entonces Samuel y Estrella eran dos terremotos de siete y seis años. Me los llevaba por las tardes a casa de Víctor. Allí los sentaba con los deberes, merendaban y compartían parque con Malena mientras Antonio lograba escaparse entre permisos y turnos de la fábrica. Con Víctor no contábamos.

Cuando empezó a llorar temimos que inundara el mundo. Pero fue lo mejor. Hasta entonces Fabiola y Asun lo aseaban, cambiaban sábanas, aireaban la habitación, cogían su mano y le daban de comer aunque se negara. Tragaba trozos de tortilla francesa y sopa que su estómago aceptaba a duras penas. Temimos por su salud. Su cuerpo adelgazaba al mismo ritmo que su espíritu.

La niña acabó por ceder con el biberón que odiaba. Se entregaba a nuestros mimos. Se acabaron los manuales escandalizados

por los caprichos que no deben darse a los bebés. Quemamos las teorías de libro que nada saben de manos salvadoras porque son inútiles cuando la realidad llega para quedarse. Nos entregamos por entero y de forma apasionada a una carrera a destajo donde el objetivo general era complacer los antojos de la pequeña Malena.

Antonio, las hermanas de Nuria y yo concedimos achuchones a diestro y siniestro. Poco importaba que no vinieran a cuento. Chocábamos cómplices los codos ante cualquier amago de puchero en su preciosa boca y cantamos como idiotas a coro para que el sueño se acostara con ella en la cuna. Hasta hubo –sin darnos cuenta– una patética competición por el baño, el cambio de pañal o el momento de vestirla. Cualquier excusa era buena para robar un achuchón a aquel cuerpo dulce y blandito.

Víctor no veía ni miraba. Se aisló del exterior, del interior y de cualquier parte. Se rindió de la vida. Del estupor pasó a la rabia, que cambió las líneas de su rostro –«¿¡por qué, por qué, por qué!?», le escuchábamos gritar–, que según los expertos asoma en las distintas fases del duelo. Pero la indignación duró un suspiro: se sumergió de la noche a la mañana en una amargura que no habría cabido en dos mundos cosidos.

No había pistas que indicaran un impulso de Víctor, la curiosidad por gestos nuevos de Malena, un movimiento involuntario que anunciara sus ganas de algo. Víctor se ahogaba en la aflicción más absoluta, entregado a la pena más triste que se pueda imaginar. Se refugiaba entre las sábanas y con su ceño dibujaba la negativa a que las cambiásemos; porque «huelen a ella», susurraba. A todos nos trepaba el escalofrío por la espalda cuando miraba con los ojos perdidos en la nada.

Su bebé no era capaz de empujar su espalda hacia arriba. De hecho, no miraba ni tocaba a la niña. Le revolvía el estómago su presencia. Era la única reacción que expresaba su rostro. Asco. Como si culpara a Malena de seguir viva. Se tapaba los oídos cuando lloraba por la noche.

Fabiola y Asun acercaban el bebé a su almohada pero salían espantadas al comprobar que no cambiaba su rictus de

piedra para acompañar el ambiente a velatorio alojado en su habitación.

A veces la miraba de reojo, cuando regalaba un extenso repertorio de mañas. Habría enternecido al espíritu más oscuro pero no variaba su expresión, tan muerta como Nuria. Ignoraba los movimientos autómatas de los pies y manos de la niña, sus primeros gorjeos, aquella preciosa boca que derretía hielo. Su silencio ganaba. Era insoportable la orgía de dolor que no parecía no tener fin.

Retiraban al bebé de la cama, deprimidas con cada intento fallido. Víctor parecía haber roto la conexión con el mundo de los vivos. Asustaba su mutismo. Cada segundo de reloj se hacía eterno cuando esperábamos, ingenuos, que algo saliera de su garganta. Una palabra. Llanto. Un grito. Algo.

Pero no había nada. Nada.

Tras mirar un instante a Malena terminaba por volverse hacia el otro lado de la cama, consciente de nuestra vigilancia. Fabiola y Asun desistían a la primera. Una semana después de la muerte de Nuria debían regresar a casa. Eso dijeron.

***

—A grandes males, grandes remedios —espeté la noche anterior a su marcha.

Ya no podía más: el ambiente era opresivo, hasta los objetos desquiciaban, la casa apestaba a angustia. Las hermanas de Nuria estaban paralizadas de miedo, incapaces de reaccionar a la inquietante indiferencia de Víctor. Se quejaban incluso de que la niña se despertara por la noche. Llegó un momento en el que me resultaba insoportable su presencia, asqueaban sus lamentos y quejas y, aunque las pronunciaran a escondidas, desesperaba su carácter pusilánime. No necesitaba criadas que hicieran camas sino poner pie en pared a la deriva de Víctor.

—¿Qué remedio, qué quieres decir? —preguntó de inmediato Fabiola.

—Hay que hacer algo. Quiera o no quiera Víctor. No puedo más. Esta situación es insostenible.

Estaba cansada de que Fabiola y Asun ofrecieran toneladas de lástima entonando «qué pena» por las esquinas y a todas horas. Era insufrible su permanente gesto de viudas apocadas; empeñadas en alimentar el drama para no buscar soluciones.

—Tiene que haber una fórmula que le haga reaccionar. No habla. Amanece como si su hija no existiera. No sale de la cama. Cuando viene Antonio, más de lo mismo. No le consuela la presencia de nadie. Hay que ponerlo entre la espada y la pared.

Las hermanas –me daban ganas de abofetearlas– comenzaron a gimotear con la cara escondida tras un pañuelo siempre entre sus manos.

—Tiene que reaccionar de una vez. Hay que amenazarlo.

—¿Amenazar? —Fabiola paró de moquear, incrédula. Lo mismo que Asun, bajó su pañuelo y se miraron. Expectantes, intrigadas ante la siguiente frase que estaba a punto de soltar.

—Le diré que si no se encarga de Malena, os la lleváis.

—¿Cómo que nos la llevamos? ¿Estás loca? No podemos hacer eso, Gema —contestó rauda y veloz Asun.

—Yo no puedo hacerme cargo de un bebé. Además, ¡él es su padre! —comentó histérica Fabiola.

La tristeza se fue de golpe y porrazo. Me cabreaba su actitud; aquel continuo «no puedo» de mojigata era más cómodo que cortar de raíz el masoquismo que ellas mismas fomentaban.

—Es necesario enfrentarse a todo esto. ¡A la voz de ya! —No controlaba mi tono—. Plantead el tema como si fuera una posibilidad real. Aunque sea mentira —no disimularon el alivio—. Igual le da miedo la idea. Puede que se niegue, que reflexione o que grite. No lo sé. Pero, por Dios, será mejor que esta tortura sin final. ¡Nos vamos a volver todos locos!

—¿Y qué hacemos si dice que nos la llevemos?

Apreté los puños al ver la cara de pánico de Fabiola. A aquellas alturas estaba dispuesta a gritar lo que me reservaba por educación. El duelo por Nuria era una cosa, pero el funeral permanente de

aquellas dos mujeres me destrozaba los nervios. Perdí los papeles cuando Asun –que nunca movía ficha la primera– rizó el rizo.

—Qué fácil lo dices todo. Te crees que eres la única que sufre. ¡Nosotras también apechugamos aunque estemos destrozadas! Aquí nadie habla del hermano de Víctor, que ni se dignó a aparecer en el entierro de Nuria.

—¡Joder! —estallé—. No me lo puedo creer. ¿Es que no sabéis ya que Matías y Víctor llevan años sin hablarse? Nadie le esperaba pero ¡la que ha muerto es vuestra hermana! ¿Os lo tengo que recordar? ¡Y Malena es vuestra sobrina! Vale ya. ¿Qué más da lo que hagan los demás? Dejaos ya de monsergas, hombre.

El estruendo de la silla de Fabiola al caer heló la sangre a las tres.

—¿Quién te crees que eres? ¿La salvadora? Si eres tan valiente, ¿por qué no te encargas tú de cuidar de Malena? ¡Nosotras también tenemos nuestros hijos!

Creía que no podía enfurecerme más, pero estaba equivocada. Me puse de pie y enfrenté mi cara a la suya mientras Asun se camuflaba tras la hermana.

—¿¡Que quién soy!? ¡Pues mira, te lo voy a explicar! Soy la madrina de Malena, Nuria era mi mejor amiga —me recompuse como pude—. Antonio y yo fuimos junto con Víctor su sombra cuando lloraba porque no conseguía quedarse embarazada. Se venía abajo con cada tratamiento fallido. Uno, dos, tres, cuatro… Así ¡hasta el sexto intento! La pobre mía estaba desquiciada con aquellos chutes de hormonas. Los tres éramos sus guardaespaldas mientras yo también criaba a mis dos hijos. Antonio, Víctor y yo nos relevábamos a la carrera con cada crisis de ansiedad. Dios, no puedo olvidar sus gritos con cada aborto, cuando se lamentaba por la ausencia de sus hermanas. Os echaba de menos. ¿Oís? ¡¡¡Os echó de menos media vida!!!

A cada frase la palidez de Fabiola y Asun escondía una vergüenza cobarde incapaz de colorear sus mejillas. Ya estaba embalada:

—¿Sabéis que al nacer Malena tuvo una depresión posparto brutal? ¿Que no era capaz de pasear con su hija? ¿Que no dormía